

Puerto del Hambre Soledad desamparada

por Reinaldo Lomboy (*)

Estaba el verano en su plenitud, largo el día, breve la noche, sereno y diáfano el cielo, los aires sobre el sur, la tierra con reconfortante tibieza. Desde esa población del río San Juan, los pocos que han quedado, alrededor de ochenta, divisan durante varias noches las fogaradas que enciende la tropa que ha ido con Garnica a la primera población, hasta que ya, al seguir la marcha los del éxodo, doblan para internarse a rodear una cabeza de mar, un viaje inverso al tan sufridamente hecho antes, dejan de verse.

Los aislados en el fortín sienten más vivamente su soledad ahora. Y viendo que el sol se venía bajando y se cortaban los días, el capitán Biedma tomó providencias para reunir alimentos que guardar para el invierno, que llega bravamente y sin transición casi al terminar el verano.

El tiempo se iba haciendo más frío y dos días hacía que no brillaba el sol. El cielo aparecía de un solepne gris lóbrego y todo anunciaba la inminencia de un invierno crudo. De improviso se descargó una tormenta prematura y la nieve alcanzó una vara de alto; pero la más severa helada no había llegado aún. El jefe de la plaza dispuso partidas a matar focas; otras, a cazar guanacos; las mujeres iban a mariscar y recoger frutos silvestres.

No sabían ya más qué mes ni qué día era. Conocían las estaciones por la mudanza del temple atmosférico y eso era todo. Un día era igual al otro, ignoraban los domingos porque habían perdido toda

cuenta. En el aislamiento y la sola preocupación de mantener el ánimo alentando en el cuerpo, todas esas cosas se olvidan, perdían importancia, y una vez desorientado el cálculo no se podía recuperar la cuenta.

Conocían ahora que estaban en las postrimerías del verano, porque en los prados bordeados de inmensos helechos seguían en flor las margaritas, las violetas azuleaban entre ranúnculos y punteaban de rojo las frutillas y unas bayas encarnadas, especie de murtas, que los indios venidos con Sarmiento llamaban «chauras».

Fuése un grupo a la caza de guanacos y hasta el prado más próximo les acompañaron cuatro de las cinco mujeres que en el poblado quedaron, ellas en son de recoger frutos y, femeninamente, formar ramos de flores para adornar sus toscas mesas.

Los cazadores siguieron internándose bosque adentro. Avanzaron varias leguas hasta llegar al sitio donde uno de los que días antes formó en partida de exploración pensaba que podrían encontrar guanacos. Estaba avanzada la mañana cuando llegaron al sitio elegido, un claro del bosque variado de achaparrados robles, guindos, lengas, canelos y cipreses. Era un calvero amplio y la nieve lo cubría en grandes manchones, pero en laderas de suave ondulación el pasto era visible casi, y los guanacos, rascando con sus patas, podían obtener alimento.

(*) Reinaldo Lomboy (1910-1974), autor del libro de ambientación magallánica titulado «Puerto del Hambre», que enteca crudamente la dramática odisea del navegante español Pedro Sarmiento de Gamboa. La página que ofrecemos corresponde a uno de sus patéticos episodios.

FECHA DE PUBLICACIÓN

1996

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Puerto del hambre, soledad desamparada. [artículo]

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile